

DOS ROSTROS DE UN MISMO EVANGELIO

Genio y figura de dos Papas desconocidos

EL anuncio de la iniciación del proceso de beatificación de los Papas Pío XII y Juan XXIII, hecho por el propio Papa Pablo VI el pasado 18 de noviembre durante una solemne sesión del Vaticano II, es un acto harto significativo y me parece que tiene un valor eclesial de gran alcance, de un alcance mucho más amplio que si se hubiese llevado a cabo la canonización de Juan XXIII aisladamente y de manera excepcional por aclamación unánime del Concilio sin el proceso habitualmente requerido, lo que sin duda la hubiera hecho polémica de alguna manera y suscitado muchas cuestiones laterales de gran envergadura. Por muy ilusionados que hayamos estado con la idea de esa canonización, es preciso reconocer las cosas.

Los comentarios de la prensa mundial a este anuncio de la doble canonización en su día han sido por lo tanto, bastante perspicaces en captar el gesto decidido del actual Pontífice, saliendo al encuentro de quienes, con calculada táctica o precipitada decisión, han opuesto y contrapuesto la figura de estos dos Pontífices. Y la precitación tiene, desde luego, alguna excusa o justificación, si tenemos en cuenta que al liberar Juan XXIII efectivamente a la Iglesia de un rígido y pesado centralismo y un miedo secular, muchos católicos que llevaban años en incómodas situaciones de sospecha, retraimiento, excesiva y estéril prudencia, desesperanza y hasta ostracismo espiritual vieron en seguida en él, el hito inaugural de una nueva época histórica en la Iglesia y olvidaron, porque es humano ante una tan radiante situación, lo mucho que en este sentido habían madurado las

cosas ya bajo Pío XII y el buen cuidado que había tenido éste de que los movimientos de avanzada en el catolicismo no fuesen aplastados. E incluso cuando la cosa se intentó de manera oficial, el Papa sostuvo su espíritu con su aliento personal. Lo curioso, después de todo, es que Pío XII, que en los últimos años de su pontificado sostuvo ciertamente posturas religiosamente muy conservadoras, era personalmente un hombre mucho más avanzado que Juan XXIII. Su perfil humano de gran intelectual le hacía estar abierto al pensamiento moderno y a toda idea de auténtica renovación en la Iglesia. Sabemos que pensó en un Concilio y en la reforma de la Curia. Sabemos peor hasta qué punto fué prisionero de los usos, tradiciones y muy humanas combinaciones de la pequeña Corte papal; pero, de todas formas, cuestiones como el acercamiento de la Iglesia y el mundo científico, un nuevo planteamiento de los estudios bíblicos, la reforma litúrgica, los curas-obreros, la necesidad de una libre opinión en la Iglesia, etcétera, fueron iniciadas, sostenidas y a menudo defendidas contra viento y marea, durante su Pontificado y bajo su personal patrocinio. Su fama de diplomático, hinchada hasta el ridículo por gentes más propicias a la adulación que a la verdad, ocultó por mucho tiempo y sigue ocultando todavía a los ojos de muchos su verdadera figura sacerdotal y la personal trágica, casi agónica, vivencia de su condición papal, en unos años tremendamente difíciles para la Iglesia, que Graham Greene supo adivinar de manera tan aguda en su ya viejo, pero siempre extraordinario ensayo, «La paradoja del Papa».

Pero también ha habido interés en hacer de Pío XII una especie de Papa para gentes bienpensantes y de derecha y de Juan XXIII un Papa para uso de inconformistas y de gentes de izquierda. En la situación límite de la lucha política se ha llegado, de hecho, hasta hacer de Pío XII una especie de Papa nazi y de Juan XXIII una especie de Papa comunista, intento necio e injustísimo, pero que ha dado desgraciadamente mucho juego. Y, de todos modos, Pío XII ha pasado para los sectores cristianos, como un Papa que no se metía en política, contrariamente a Pío XII o León XIII, por ejemplo, y, desde luego, a Juan XXIII. Ya que «meterse en política» significa para esos sectores el recordar ciertos ingratos deberes de justicia social o sostener ciertas teorías que rebasan los anacrónicos modos de pensar al uso. Pero, sin embargo, Pío XII ha urgido la justicia social a los católicos y, desde otro punto de vista, ha significado, por ejemplo, el paso de un concepto de simple tolerancia religiosa a un concepto de libertad, basado en el respeto a la persona humana. Lo que ocurre es que el Papa Pacelli usó siempre un lenguaje técnico o incluso el descolorido tradicional lenguaje de los documentos curiales y, para sorprenderle en su tono y pensamiento personales más espontáneamente manifestados, hay que recurrir al estudio de ciertas audiencias «menores» de gentes no «importantes» donde dió precisamente esa su humanísima talla al dejar percibir ese tono que, en discursos y documentales más importantes u oficiales, quedaba destenido y oculto. Pero si el tono de la «Pacem in ter-

ris» era el justo para ser entendido en nuestros días, muchas de sus ideas centrales y hasta enteras expresiones estaban tomadas de Pío XII, verdaderamente preocupado por la fundamentación de la paz. Y es esta fundamentación a la que Juan XXIII da cabida dentro de su encíclica de manera muy deliberada para señalar una continuidad en el magisterio eclesial, tanto más cuanto que, en dicha carta, iba a trascenderse esa fundamentación y a formular una doctrina ya más evolucionada. Al unir ahora Pablo VI estas dos figuras no ha querido indicar otra cosa. El tesoro doctrinal y de testimonio en la Iglesia es infinitamente pluralista y rico y no puede manifestarse nunca en el magisterio o los gestos de una sola persona, de un solo Papa en este caso, de modo que esa riqueza y esas posibilidades eclesiales van apareciendo, según el carácter y los gestos personales de cada Pontífice y su entendimiento personal de sus funciones o, también, según las necesidades históricas y la propia madurez doctrinal de muchas cosas en la Iglesia.

De modo que el Juan XXIII, que decía en París solamente unos años antes de subir a la Silla de Pedro que más le valiera a Teilhard enseñar el catolicismo a los niños que anárquicos y difíciles cuestiones antropológicas, sería luego quien se opusiera a una condenación del mismo propuesta por el Santo Oficio y hasta lamentase públicamente su famoso «Monitum» del verano de 1962, pero en 1959 había suspendido la actuación de los curas-obreros que Pío XII, que consultaba con Teilhard los grandes problemas, había autorizado y reautorizado, tras la crisis de 1954. Y en el mismo París, monseñor Roncalli es casi seguro que sostenía de su bolsillo particular una pequeña revista más bien integrista, mientras Pío XII apoyaba con todas sus fuerzas al cardenal Suhard, desanimado por los ataques integristas, diciéndole: «Cuando éramos estudiantes en la Gregoriana no fué Pacelli, sino Suhard, quien conquistó la medalla de oro al mejor teólogo. No temas. Continúa. Estoy contigo».

En realidad, nadie podía pensar que Juan XXIII iba a significar lo que significó, quizás contra sus mismas personales opiniones, y un joven obispo francés, hoy muerto, que deseaba ardientemente el gran viraje que Juan XXIII ha dado a la Iglesia lloró de desencanto al conocer los resultados del conclave de octubre de 1958 en que



Su Santidad Pío XII durante una audiencia concedida al entonces arzobispo de Venecia, cardinal Roncalli, posteriormente proclamado Papa con el nombre de Juan XXIII

el cardenal Roncalli fué elegido Papa. Mientras todo nos hace pensar que Pío XII tuvo que frenar muchas veces su simpatía por un pensamiento cristiano de avanzada. Sería interesante, por ejemplo, que el cardenal Bea pudiese hablarnos, algún día, de tantas charlas íntimas sostenidas con el Pontífice, del que era confesor, y saber así lo que Pío XII, bajo cuyo Pontificado se prodigaron tantas admoniciones y frenos respecto al movimiento ecuménico, pensaba personalmente al respecto y lo que le hubiera gustado hacer. Tenemos de todas maneras un buen dato en los ataques que se han prodigado luego a su encíclica «Divino Afflante Spiritu» que abrió el camino a los modernos estudios bíblicos de tanta importancia ecuménica y al Pontificio Instituto Bíblico que encarnaba ese espíritu. Ataques a los que, por cierto, Juan XXIII reaccionó de manera muy enérgica, confirmando su confianza al Instituto Bíblico y restituyendo en sus cátedras a algunos profesores anteriormente separados como los Padres Lyonnet Dufour y Zerwick.

Tampoco es verdad, como incluso en ambientes eclesiales se ha venido insinuando, que Pío XII significó la ortodoxia sobre todo y Juan XXIII la caridad incluso sobre la ortodoxia.

Es una simplista manera de hablar de quienes, en fin de cuentas, no pudieron imponer su ortodoxia bajo el Pontificado de Juan y dividaban que eso también les había ocurrido bajo Pío XII, quien, a veces, también tuvo que usar de toda su autoridad para evitar por ejemplo una inclusión precipitada en el Índice y otras censuras. Olvidando asimismo que Juan XXIII, por el contrario, se dedicó a poner una especie de freno a su propio espíritu de «aventura abierta», haciendo, por ejemplo, nombramientos de hombres francamente conservadores para puestos-clave, como si tuviese miedo de que ese espíritu pudiera un día dejar entrar de contrabando alguna ideología menos ortodoxa y poniendo así buenos guardianes en la frontera.

Por otra parte, en fin, la encarnación de la espiritualidad cristiana y la santidad personal de Pío XII y Juan XXIII no son otras dos manifestaciones dife-

rentes, pero complementarias, de las infinitas posibilidades cristianas. Pío XII vive más bien un cristianismo de tensión, una fe más intelectualizada y dramática, una ascesis jesuítica. Juan XXIII una fe sencilla y alegre. Hay algo de Agustín de Tagaste y de Pascal en el primero, mucho de Francisco de Asís y de Teresa del Niño Jesús en el segundo. Pío XII encarna una espiritualidad de Gethsemani o de Calvario, como influyó a Graham Greene; Juan XXIII la espiritualidad de Belén o de la Resurrección. Como en el plano de la política eclesial, Pío XII se muestra muy preocupado por asentar jurídica y políticamente el Reino de Dios para que la fe se mantenga y germine y Juan XXIII se preocupa más de que la Iglesia sea un fermento en un mundo hostil a quien tiende sus brazos: dos rostros de un mismo Evangelio, dos aspectos de la misma Iglesia una y diversa.

JOSE JIMENEZ LOZANO

HACIA LA GRAN EMPRESA

NO fué solamente Marx quien vió con agudeza el signo cambiante de la evolución económica. Dos de las encíclicas de Juan XXIII —«Mater et Magistra» y «Pacem in Terris»— observaron claramente la renovación de la vida económica, con su excepcional ímpetu en las condiciones sociales de los individuos y las comunidades.

El fin inexorable de la economía comienza a lograr una madurez. La concentración capitalista va pareciendo con el dominio de los resortes socio-económicos que ejercen tutelarmente los pueblos socialistas. Se desvanecen el proclamado principio de la competencia, «slogan», sofisma y, también, verdad del pasado inmediato. Los minúsculos reinos de taifas que la despararrada pequeña industria esterilizaba, quizá en un esfuerzo generoso, llevan camino de perderse en la historia. La empresa familiar, el artesanado, el minifundio industrial tienen sus días contados en gran parte de las actividades de la producción. En su lugar se instala la todopoderosa industria, el monopolio. Hemos de observar, a margen del carácter peculiar en las concepciones socialistas, como en otras partes brota irresistiblemente la intrusión de los Estados en esferas que hasta hace pocos años se consideraban exclusivamente privativas de la llamada iniciativa privada. Y los chispazos son significativos. Francia e Italia nacionalizan la electricidad, dominando, a la vez, por intervención o control, otras facetas del más neurálgico de los desarrollos: el metal, los automóviles, la petroquímica y los transportes. Inglaterra, bajo la égida del laborismo en el poder, acomete bríosamente la estatificación del metal, primer paso que se da en un proceso nacionalizador que ya no se disimula.

En otras regiones se viene manteniendo una postura similar. En España, para referirnos a lo más concreto e inmediato, el Instituto Nacional de Industria suple a la gestión particular en numerosos renglones de la vida económica y se instala como una fuerza de rango indiscutible.

En el campo privado, ciertas formas de monopolio desaparecen, es decir, se hacen fatales, en tanto se debilita el aislado esfuerzo minoritario. El gran capital, a cargo de los Gobiernos o los «trusts» que cada vez menos veladamente, acuan el dominio exige una mayor zona de maniobra y la concentración de esfuerzos, de técnica y de capitales para sobrevivir. Ciertamente hay que observar que las estructuras de la sociedad se erigen bajo postu-

lados internacionales. No se trata de servir a un mercado interior, tarea que hasta ahora se venía asignando a los capitalistas clásicos o estatales. Por el contrario, el objetivo es mucho más ambicioso, puesto que lo que interesa es lograr una competencia internacional, una posibilidad de concurrencia con las mejores garantías de rentabilidad, de precios y de producción.

Es lógico, indudablemente, que se produzca un ritmo absorbente, con sus indudables ventajas y con sus inherentes peligros. Una estadística francesa revela que el vecino país está acometiendo masivamente esta tarea unificadora. Las quinientas primeras empresas de Francia y las cincuenta primeras sociedades principales representan únicamente el 0,11 por ciento y el 0,012 por ciento, respectivamente, de los establecimientos industriales y comerciales, pero, no obstante, su importancia es fabulosa. A pesar del irrisorio porcentaje, las mismas suministran el 31,8 por ciento del producto nacional bruto. Más significativo es resaltar la fuerza de esas cincuenta primeras empresas de cabecera. Las mismas realizan por sí solas el 48 por ciento de la cifra de negocios de las quinientas y el 51 por ciento de su resultado neto con el 41 por ciento de su mano de obra.

Aún hay más; a pesar de este espectacular dominio, según la revista «Balances», de donde tomamos estos datos, estas cifras hay que considerarlas como muy secundarias, en un simple cotejo internacional. «Fortune» señala que la importancia de las quinientas sociedades francesas sigue siendo muy relativa en lo que se refiere a su dimensión y eficacia. Las dos primeras colosales firmas americanas —«General Motors» y «Standard Oil»— realizan globalmente una cifra de negocios igual a la de las quinientas firmas francesas. Esta cifra de negocios se ob-

tiene con un número de asalariados que representa casi la mitad de los franceses y, por otra parte, la actividad anual consigue unos beneficios en las mencionadas quinientas que sólo significa la quinta parte de las dos compañías americanas.

Nada cabe aducir ante estos hechos sintomáticos, de claridad meridiana. Económicamente son irreversibles. Pero si los mismos se enfocan desde sus consecuencias de proyección la situación ya es mucho más compleja. El poder económico acumula en sí una potencia de magnitud poco concebible. Parece justo pensar que junto al mismo se propicie otro poder, de raíz social, capaz de evitar predominios, abusos y la neoesclavitud que el maquinismo suele tender a perpetrar. Es oportuno recoger los irrefutables textos de Juan XXIII, en «Pacem in Terris»: «En las primeras fases de su movimiento promocional los obreros concentraban su acción en la reivindicación de derechos de contenido principalmente económico-social; después la extendieron a derechos de naturaleza política y, finalmente, al derecho a participar en los beneficios de la cultura. En la actualidad, y en todas las comunidades nacionales, está viva en los obreros la exigencia de no ser tratados nunca por los demás arbitrariamente, como objetos que carecen de razón y de libertad, sino como sujetos o personas en todos los sectores de la sociedad humana, o sea, en los sectores económico-sociales, en el de la vida pública y en el de la cultura».

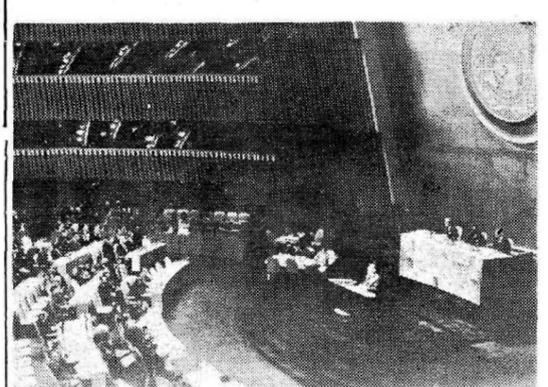
MIGUEL ANGEL PASTOR

los buenos propósitos de Breznev y Kosyguin han sido capaces de hacerles abandonar su actitud agresiva. Mao está cada vez más convencido de que el único argumento que comprende el capitalismo es la violencia.

El idilio iniciado por Kennedy y Kruschef, entiendo, que sólo serviría para hacer replegar al comunismo hasta su total extinción. Al fin de cuentas, se trata de llevar a la humanidad al borde mismo del abismo, de sembrar el terror y el desconcierto. Es consciente de que en una posición así, el comunismo habría de cerrar de nuevo sus filas y que, su facilidad de maniobra política, no sólo le permitiría hacerse con la hegemonía de todo el bloque socialista, sino de asestar golpes eficaces a los países occidentales. En el peor de los casos, con su actitud siempre obtendrá un mayor impulso para su política interna y un prestigio nada despreciable ante las jóvenes naciones, siempre celosas de la posición predominante de sus antiguos dueños.

Los Estados Unidos no parecen dispuestos a corregir sus viejos errores. Si cuando en 1949, a la caída de Chiang Kai-Shek, se hubiera tomado con mayor seriedad el honrado informe de Truman, en el que se reconocía el fracaso de las medidas tomadas para elevar el nivel eco-

CHINA Y LA O. N. U.



UN A vez más se ha vuelto a poner sobre la mesa de los debates el tema de la incorporación de la China en la O. N. U. Y por una vez más —ésta es la décimocuarta— ha sido rechazada por la abstención de veinte delegados que han omitido su voto, permitiendo el empate entre los partidarios y detractores de su ingreso. El esto contrasta un tanto con el posterior llamamiento que ha hecho U Thant a la Comisión de Desarme, con el fin de acelerar los trabajos que impidan la expansión nuclear. El Gobierno de Pekín está cubriendo con una rapidez alarmante sus objetivos atómicos. Tras las anteriores explosiones de artefactos de tamaño aún reducido, se habla con insistencia de posibles pruebas con bombas de mayor tamaño, y hasta de un acercamiento a la de hidrógeno. El paralelismo que mantiene Francia en este sentido, no permite ninguna ilusión; pues aún conserva una parte de los compromisos con sus aliados y, sobre todo, su condición de miembro de la O. N. U. es una garantía de responsabilidad. Por el contrario, la China, con su actitud aislacionista se ha venido a convertir en la imagen viva del lobo solitario.

Para Pekín siguen en vigor todos los postulados stalinistas. Y ni la destitución de Kruschef, ni

nómico de aquel país y se hacia nota detallada de la fantástica corrupción que imperó bajo el Gobierno del general nacionalista; la actitud del pueblo norteamericano hubiera sido bien distinta. Y aunque por ideología y por respeto a las formas no se hiciese el reconocimiento al nuevo Estado, como por el contrario fué hecho por Inglaterra y los pueblos escandinavos —todos ellos de una tradición democrática irreprochable—, al menos no se habría debido negar su entrada en la O. N. U., tal como deseaba tanto Dean Acheson (secretario de Estado del Presidente Truman) y Trygve Lie (secretario general de las Naciones Unidas).

Con ello lo único que se consiguió fué reforzar el ya de por sí considerable espíritu autárquico del chino y hacer que convirtiera su repulsión hacia los Estados Unidos en un estímulo capaz de mover a toda su asombrosa masa humana frente a un enemigo común. Nada conmueve más a los pueblos que la incitación y la amenaza que les llega de fronteras afuera. Formosa, aparte del derroche incesante de dólares, no ha supuesto otra cosa que afirmar el terror y el desconcierto. Es consciente de que en una posición así, el comunismo habría de cerrar de nuevo sus filas y que, su facilidad de maniobra política, no sólo le permitiría hacerse con la hegemonía de todo el bloque socialista, sino de asestar golpes eficaces a los países occidentales. En el peor de los casos, con su actitud siempre obtendrá un mayor impulso para su política interna y un prestigio nada despreciable ante las jóvenes naciones, siempre celosas de la posición predominante de sus antiguos dueños.

Los Estados Unidos no parecen dispuestos a corregir sus viejos errores. Si cuando en 1949, a la caída de Chiang Kai-Shek, se hubiera tomado con mayor seriedad el honrado informe de Truman, en el que se reconocía el fracaso de las medidas tomadas para elevar el nivel eco-

ven obligados a entablar el diálogo, por medio de un complicado sistema de intermediarios. Basta recordar la guerra colonial francesa en Indochina, el conflicto de Laos o la actual situación del Vietnam, en las que fué, y ha sido, preciso realizar negociaciones al margen de las Naciones Unidas.

La actitud del senador Robert Kennedy, pidiendo su admisión, no ha tenido eco en el Parlamento norteamericano, y esto cuando todavía quedaban tan recientes las palabras de Pablo VI en la O. N. U.: «Más aún: actual de forma que atraigáis hacia vosotros a quienes se han separado de vosotros: estudiad el modo de llamar a nuestro pacto de fraternidad, con honor y con lealtad, a quienes no le comparten aún. Actual de forma que aquellos, que aún están fuera deseen y merezcan la confianza común y sed entonces generosos en concedérsela».

GUILLERMO DIEZ

¡¡Nuevo!!
chocolate con leche
BAHIA
 CADA TABLETA CONTIENE VASO y MEDIO de LECHE
 sus niños le pedirán este nuevo
 chocolate 'la llave'
EUDOSIO LOPEZ
CASA SANTAREN
 VALLADOLID

